

ENVEJECER JUNTOS EN LA VIDA RELIGIOSA: CAMINOS DE PLENITUD

Manuel BEAUMONT, OAR

Introducción

Se me piden unas breves reflexiones sobre el arte de envejecer en común. Pido disculpas por mi osadía al pretender exponer unas ideas que nos sirvan para reflexionar sobre la vejez, y máxime hacerlo con los hermanos. Sé que teorizar es fácil. Otra cosa muy distinta es tratar de vivir y hacer vida lo que teóricamente se pueda decir, al no experimentar lo que trae en sí esta edad y saber que es tan distinto lo que nos depara a unos y a otros. Me viene a la memoria aquello de «una cosa es hablar del dolor de muelas y otra cosa muy distinta el vivirlo».

Por otra parte, ¿hacia dónde dirigir la reflexión?, ¿hacia lo humano, lo psicológico, lo emocional, lo espiritual, lo religioso, lo comunitario? Daría para un gran tratado. Por eso intentaré pasar por todos los aspectos, sin profundizar en ninguno, y centrándome más en lo referente a la vida religiosa, por si acaso en algo nos puede servir.

En un primer momento haré algunas reflexiones sobre el fenómeno del envejecimiento y sus repercusiones. En segundo lugar indicaré algo sobre la crisis de la vejez. Luego presentaré algunas claves para ayudarnos a vivir con calidad, en comunidad, la última etapa de la vida. Para terminar con alguna reflexión sobre la reestructuración y su relación con el envejecimiento.

Repito que estas páginas quieren ser una propuesta reflexiva, a nivel personal y comunitario, tanto para las personas mayores como para las generaciones jóvenes que tienen que vivir un proyecto comunitario donde también hay ancianos. Por eso se indicarán algunos peligros, posibles problemas y algunas soluciones a los desencantos de tener que replegarnos en obras que no podemos mantener con el vigor con que nacieron.

Saber envejecer y, sobre todo, saber envejecer en común, es un arte, y muy pocos lo saben hacer, porque lo que acarrea es difícil de afrontar. Es el momento en que se cierran puertas internas y externas, e implica perspectivas de vida que en algunos casos se ven como sinónimo de estorbo.

El paso del tiempo socava inexorablemente el ser corporal. Pero felizmente no nos reducimos a eso. Mientras el yo externo se desmorona, escribe san Pablo, nuestro hombre interior se renueva día tras día. Vicky Irigaray nos ayuda a pensar que «quien vive dueño de su habitación interior, sin duda alguna estará más preparado para vivir saludablemente el último tramo de la vida»¹. Serenidad, desprendimiento, capacidad contemplativa, que permiten disfrutar del hecho mismo de vivir y, sobre todo, de la atención a las necesidades de los que nos rodean viviendo con amor desinteresado, son el mejor servicio que podemos ofrecerles.

1. El fenómeno del envejecimiento

Hoy el tema está de moda quizás porque cada vez hay más mayores en nuestra sociedad y en nuestras comunidades religiosas. De entrada, es importante decir que la vejez no es una enfermedad. Es una etapa más de la evolución de la vida del hombre que, cuanto más años viva, más deterioro sufrirá, aunque, desde el punto de vista de la consagración a Dios, en el religioso deben destacar los frutos maduros de toda una vida dedicada a Dios.

El envejecimiento no es solo ocaso, sino proceso para terminar de hacernos. Cada etapa tiene su *kairós*. Y desde el punto de vista teológico-espiritual la vida consagrada no tiene sentido sin proyección a la plenitud de lo humano hacia Dios.

Es verdad que, llegados a la vejez, todas las dimensiones arriba apuntadas se resienten. A nivel físico será importante mantener una sana relación con el propio cuerpo, saber admitir los límites y, llegado el momento, será necesario aprender a dejarse ayudar. A nivel emocional habrá que identificar, aceptar, integrar y expresar saludablemente lo que vivimos. Se trata de saber vivir desde los valores y no dejarse llevar de los sentimientos. Uno ya no es lo que era y habrá que estar atentos a la autoestima. A nivel comunitario, tendremos que adaptarnos al rol propio de la situación o momento que vivimos. Perdemos el rol de trabajadores y surgen nuevas necesidades de adaptación. A nivel religioso-espiritual, ambas realidades, íntimamente relacionadas, deben jugar un papel primordial en la vejez del religioso. No podemos concebir la última etapa de la vida religiosa sin esa estrecha relación con Dios. Vivir dicha relación ayudará a vivir saludablemente el último tramo de la vida.

1 V. IRIGAY, *Vivir a fondo el último tramo de la vida*, Vitoria, Ed. Frontera, 2007, 12.

Pero para ello hay que cambiar los estereotipos sobre la actividad, el trabajo y la misión para no sentirse anulado. Plantear la vejez desde la salud estética externa, desde el trabajo productivo y desde la dependencia médica, hace que la tercera edad salga muy mal parada. Por eso hay que hablar de la salud desde un estereotipo antropológico-bíblico-espiritual. En la vejez también se tiene una misión que cumplir. La plenitud del hombre termina solo con la muerte, no al empezar la vejez. Es necesario recuperar los «pensamientos dobles», tan propios de la mentalidad evangélica: para vivir hay que desvivirse; para ganar hay que perder; para crecer hay que menguar, etc.

Es importante que en la ancianidad se sigan cultivando valores culturales y humanitarios, y que se reserve un tiempo importante para la vida espiritual. No debemos permitir que nos intranquilece el miedo a lo que pueda suceder mañana, a la desgracia que pueda venimos en la última fase de la vida. Debemos vivir el *carpe diem* con alegría. Alguien ha dicho que reír veinte segundos es un ejercicio equivalente a tres minutos de *footing*.

El evangelio nunca nos ha prometido que se nos vayan a ahorrar sufrimientos y fracasos. Al contrario, Jesús invitó de manera inequívoca a sus discípulos a cargar con la cruz y seguirlo (cf. Mt 16,24). Pero también nos ha prometido estar con nosotros hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,20). La verdadera madurez, y el anciano debe dar pruebas de ella, es que todo lo que hay en nosotros pueda alabar a Dios, que nuestra persona toda crezca hasta convertirse en alabanza a Dios.

Llegado aquí, el ser humano ha encontrado la unidad y la paz en lo que tanto hemos recomendado a los demás, la interioridad agustiniana. Ya no se tienen que decir muchas cosas en nuestra oración, pues Dios lo sabe todo. Conocida es la historia del cura de Ars, que vio cómo un campesino solía permanecer largos ratos sentado en la iglesia, hasta que un día se atrevió a preguntarle qué hacía. La respuesta fue: «Dios me mira, y yo lo miro». Ahí está el núcleo de la oración.

a. ¿Qué es envejecer?

Se puede definir el proceso de envejecimiento como el paso del tiempo que inexorablemente nos llega a todos. Este envejecer lleva consigo limitaciones físicas, psíquicas, mentales, intelectuales. Todo esto conlleva una disminución de fuerzas y de contactos sociales y laborales, que, a su vez, en algunos acarrea vivencias negativas, depresiones, pesimismo, mal humor, etc., algo comprensible humanamente pero que no debería darse en el religioso que ha consagrado su vida a Dios. Al final de su vida el religioso debería ser un maestro de oración,

de serenidad, de cordialidad, de fidelidad, de esperanza y de sentido del humor, porque sabe de quién se ha fiado y, de ese modo, esperar con esperanza el «venid benditos de mi Padre al Reino que se os ha preparado» (Mt 25, 31ss.).

Saber envejecer, dice J. J. López siguiendo a Henri Frederic Ammiel y a Cicerón, «es la obra maestra de la sabiduría y una de las partes más difíciles del gran arte de vivir. El tiempo influye en los ancianos como en los vinos, mejorando los buenos y agriando los malos. En los buenos enriqueciendo y aquilatando la calidad, sumándoles solera, en los malos agriándolos de modo que no sirven ni para vinagre»². Por eso se dice que envejecer es un arte.

b. *¿Cómo envejecemos?*

Nadie puede escapar de envejecer si Dios nos da salud por largos años. Pero hay factores que dependen de nosotros y ahí está el arte de envejecer. Se puede ser paciente, amable, cariñoso, agradecido, comunitario y testimonial, fruto de toda una vida consagrada; o se puede ser irritable, egoísta, crispado y malhumorado.

J.C. Chittister, al hablar sobre los últimos años como don de Dios, dice, siguiendo a Jüng, que, «aunque las leyes son distintas, la tarde es tan importante como la mañana. No hay duda de que vivir la vejez con calma, viviendo en paz la vertiente contemplativa del carisma, es una gran oportunidad para culminar la vida como humilde y hermosa entrega a Dios y, al mismo tiempo, una aportación muy importante a la comunidad como testimonio del ser que son los frutos que aporta la madurez de la vida»³. Por lo tanto, ya no se trata de una resignación serena, sino de una aceptación gozosa.

P. van Breemen soñaba con un tiempo para el más puro ocio a fin de dedicarse al espíritu. «Hay quienes defienden que en nuestra vocación no hay jubilación. No quiere decir que tengamos que trabajar hasta la muerte, sino que, de cara al espíritu, no hay jubilación»⁴.

Vivimos en una sociedad de rendimientos, en la que uno es lo que rinde. Pero el evangelio es totalmente distinto. En la Biblia no aparece la palabra «ren-

² J.J. López, «Breve reflexión sobre la jubilación»: <http://www.msscc.es/Noticias/López.pdf>, 2.

³ J. CHITTISTER, *El don de los años. Saber envejecer*, Santander, Sal Terrae, 2010; cf. A. GRÜN, *La mitad de la vida como tarea espiritual*, Madrid, Narcea, 1988, 87.

⁴ P. VAN BREEMEN, *El arte de envejecer*, Santander, Sal Terrae, 2004, 36.

dimiento», sino que se habla de «fecundidad». Esta exige un planteamiento vital completamente diferente, pues en la fecundidad actúa un misterio que no podemos penetrar. Jesús lo expresa con las parábolas del Reino (el sembrador, la cizaña, el grano de mostaza...). Aplicado al religioso que ha consagrado toda su vida a Dios, a los hermanos y a la misión, seríamos injustos si ahora lo juzgamos con criterios utilitaristas y, por desgracia, se dan circunstancias sangrantes cuando algún religioso es destinado a una comunidad y se pregunta ¿qué va a hacer? Pues, hermanos, lo suyo es orar y vivir la fe, máxime cuando ha dado su vida mientras lo han acompañado las fuerzas.

Quiero traer aquí las palabras de José Antonio Pagola, que vienen a ser la conclusión de lo dicho:

La ancianidad es un tiempo precioso y muy valioso, que merece la pena vivirse en sí mismo como otra etapa con pleno sentido, sin otras dedicaciones que distraigan de lo principal. A lo largo de los años de vida religiosa hemos trabajado, nos hemos esforzado y, tal vez, nos hemos llenado mucho de nosotros mismos. La vejez puede ser el giro positivo, la última oportunidad que se nos ofrece para dejarnos vaciar y desnudar por Dios y ser llenados por su gracia⁵.

Por lo tanto, se puede envejecer saludablemente independientemente de los límites físicos o psíquicos. Pero será preciso evitar algunas posturas y potenciar otras que nos ayuden a vivir sanamente la vejez. Cada etapa de la vida tiene sus características y lo sabio es ser capaz de asumir y vivir el momento que toca. «Enseñanos a calcular nuestros años para que adquiramos un corazón sensato», recuerda el salmista (Sal 90,12).

Los psicólogos dicen que la raíz de bastantes trastornos está en negarse a ser adulto y en renunciar a lo que ya ha quedado atrás. Se trata de aprender qué es lo que hay que hacer ahora, y hacerlo bien.

Tendremos que encontrar consuelo en las palabras de Jesús a Pedro: «En verdad, en verdad te digo que cuando eras joven tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tu mano y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras» (Jn 21,18).

Excusarse en el pasado no nos permitirá vivir el presente ni prepararnos para el futuro. El pasado no está en nuestras manos; el futuro tampoco; lo que tenemos entre manos es el presente con toda la riqueza que tiene esta etapa de la vida. Lo sabio es poner todo nuestro empeño en el hoy, para vivirlo en plenitud y en paz.

⁵ J. A. PAGOLA, *Vivir la jubilación*, Bilbao, Idatz Diocesana, 1999, citado por J. J. LÓPEZ, «Breve reflexión...», 7.

Por otra parte, en todas las etapas de la vida se suele dar la tendencia a culpar a los demás; y esta etapa es más propicia para ello, lo que provoca que sufra el interesado y haga sufrir a los demás haciendo difícil la convivencia de hermanos.

Someramente, podríamos hablar de tres formas sociales de envejecer desde la vida religiosa:

- a) Vejez ocultada. Como ya he dicho, estamos en tiempos de la eficacia: «Vales en tanto que produces». Por tanto, el envejecimiento encierra lo incómodo en una sociedad en la que «el todo va bien» tiende a desplazar «lo pasivo». La vida religiosa no escapa de esa amenaza, pero no debe ser así. Es verdad que no podemos vivir de espaldas a la realidad y que en pocos años la vida religiosa será distinta, unos se van y los relevos no llegan y habrá que abrir las casas a los seculares, con nuestros proyectos y vidas. Pero eso no implica que el anciano no pueda vivir esta etapa en plenitud de realización vocacional.
- b) Vejez atendida. Nunca los ancianos han estado tan atendidos (residencias, lugares de vacaciones, «centros de día», etc.) y al mismo tiempo tan desatendidos por los compromisos familiares y el correspondiente «aparcamiento» en residencias para la tercera edad. Esta misma mentalidad se ha introducido en la vida religiosa y nos ha llevado a la construcción de residencias propias cómodamente adaptadas, porque se dice que nuestro trabajo no nos permite atenderlos adecuadamente. Cabe señalar que nuestras residencias son comunidades religiosas que viven el proyecto comunitario como una comunidad más. No obstante, creo que el ideal sería dejar a cada religioso anciano en la comunidad donde trabajaba, mientras sea «independiente». Para los «dependientes» es verdad que no tenemos ni religiosos ni medios para una atención adecuada.
- c) Vejez relativizada. Creo que lo que cuenta es lo que tú haces con los años de tu vida. No cuenta tanto el carnet de identidad. En la vida religiosa, la vejez significa que te jubilas, pero no de lo más importante: ser buen religioso, vivir la inquietud y la vocación apostólica de servicio y caridad para con todos. Se trata de «vivir bien renunciando a «vivir sin más».

c. Formas diferentes de afrontar la vejez

Pueden darse tantas formas como individuos. Pero me centraré en las consideradas como más comunes:

a) Vejez negada. Se pretende, a toda costa, mantenerse activo, aun a costa de ocultar la realidad y no ser capaces de dejar paso a nuevas fuerzas. Se detiene el reloj, viviendo más el pasado que los cambios que exigen los tiempos y los proyectos de futuro. Se aprovecha muchas veces para vivir la vejez en provecho propio, según convenga.

b) Vejez reclusa. A muchos religiosos, la reclusión física les lleva a la reclusión egoísta, muy pendientes de sí mismos y atrayendo la atención de los demás, esclavos del hábitat y de sus medicamentos.

Es una etapa en la que hay que aprender a vivir con la soledad. La soledad suele ser problema doloroso para el anciano, pero estar solo no es necesariamente malo, puede resultar fecundo y beneficioso. Aceptarla nos puede producir paz, rechazarla nos puede acarrear insatisfacción. El problema no es estar solo, sino no dar contenido oportuno a esa soledad. Si para el religioso Dios se hace visible en el prójimo, también en la ancianidad es posible encontrar el camino para ese amor y esa confianza.

Nadie envejece porque tenga muchos años. Solo se envejece cuando se dice adiós a los ideales. Los años arrugan la piel, pero renunciar al entusiasmo arruga el alma. Eres tan joven como tu confianza, tan viejo como tu duda, tan joven como tu esperanza, tan viejo como tu desaliento. Mientras la belleza, la alegría, la audacia, la grandeza y lo infinito esté en tu corazón, serás joven.

c) Vejez endurecida. En algunos cabe la tentación de meterse en el propio cascarón, en el aislamiento con crisis de soledad, problemas afectivos, insatisfacción vital, desilusión, problemas psicológicos que pueden desembocar en religiosos huraños, toscos, poco amables, duros y difíciles en la convivencia. Todo tiene su explicación. En la vida religiosa hemos vivido entre gente buena, sin tener que luchar por el trabajo, en un ambiente proteccionista y esto no nos prepara bien para la adversidad; por eso, ante el menor agravio, viene la tendencia a excluirse si no se vive con fuerza la consagración.

d) Vejez aceptada. Aceptada, no resignada, sino que se trata de descubrir desde dentro, desde la raíz de la vocación consagrada, las bondades de envejecer en comunidad de hermanos que ponen todos sus dones al servicio de la comunidad. Es el primer apostolado para el que no hay edad y en el que entramos todos.

d. *Crisis emblemáticas del envejecimiento en la vida religiosa*

A los religiosos no se nos ahorra la crisis de envejecer y es el momento privilegiado de vivir lo que Jesús le dice a Nicodemo: «Hay que nacer de nuevo...». Sobre todo si nuestra fe ha sido sociológica y ha estado latente o distraída durante nuestros años de «actividad pastoral». Necesitamos una sacudida para convertir nuestra vida religiosa como una ofrenda a Dios de todo nuestro ser con sus achaques, limitaciones, sus valores y virtudes.

Aquella opción de la juventud que nos llevó a consagrar nuestra vida a Dios con el paso del tiempo se nos ha podido despistar, y hemos marchado por otros caminos. Es el momento de la conversión. No basta con seguir tirando, aguantando los años que nos quedan, sino que se requiere volver a elegir ese horizonte de vida que nos dé plenitud en el Espíritu

La vejez es tiempo apropiado para un retorno a la relación más intensa con Dios al estar libre de cualquier ocupación. Es el tiempo propicio para el crecimiento interior llenando nuestra vida de sentido y fecundidad.

A medida que avanzamos en años, nos vamos haciendo más sensibles a las presencias de Dios, y el contenido de nuestra fe se simplifica. Los servicios que podemos ofrecer ahora son menos relevantes que lo fueron en nuestros años jóvenes, pero pueden ser de gran apoyo para nuestras comunidades cuando los situamos en otro nivel más profundo: escucha paciente, sonrisa acogedora, agradecimiento cálido, palabras de sabiduría, etc.

Con la vejez llega un tiempo en que no hay muchas ocupaciones que puedan distraernos de lo único importante, nuestra oración, nuestra adoración, nuestra entrega a los hermanos de comunidad. Esa es nuestra principal tarea.

Los religiosos solemos repetir que en nuestra misión no hay jubilación y cuando envejecemos se hace evidente lo que caracteriza nuestra vida religiosa: es la vida toda la que se hace misión. El riesgo evidente de esta edad es aislarse, apartarse, reducirse, huir de la relación y luego estalla la crítica, la amargura y puede aparecer el típico «viejo gruñón». Los religiosos jubilados estamos llamados a construir comunidad hacia adentro, cuidando la comunicación, la escucha, el compartir la vida con los hermanos. Nunca acabaremos de agradecer la riqueza que supone vivir en comunidad y a cada uno nos toca hacerla posible y agradable.

La clave de envejecer con alegría en la vida religiosa es creer, como decía san Pablo, que «aunque nuestra condición física se vaya desmoronando, nuestro ser interior se renueva cada día» (2 Cor 4,16). No podemos dejar de ser cauce de buena noticia en el tú a tú de cada día. Por lo tanto, nuestra misión como consagrados es ser profecía o significación; que la vida toda, se haga misión transpa-

rentando bondad, ternura, agradecimiento, paciencia... y la alegría del que sabe de quién se ha fiado. Es la hora de tomar la vida en las manos y hacer de ella una ofrenda. Para esto hemos sido ungidos y consagrados. Esto es hacer de la vida eucaristía.

Aun con todo, este *desideratum* implica superar ciertas crisis:

a) Crisis de identidad. Está determinada por el conjunto de pérdidas experimentadas de forma acumulativa. Lleva el peligro de buscar la propia identidad en el pasado o de ser invadidos por el sentimiento de «no valer nada». Toda vida religiosa se asienta sobre una identidad y ella debe ser la guía vital para el religioso que ha consagrado su vida a vivir según el carisma del fundador. Esta identidad se construye sobre unos puntos de referencia a los que tenemos que volver constantemente, y no solo a nivel constitucional (capítulos, revisiones...), sino sobre todo a nivel personal. No habrá verdadera renovación colectiva si no va acompañada de una renovación personal.

b) Crisis de autonomía. Caracterizada por el deterioro progresivo y por el aumento de la dependencia de los cuidados de los demás. Autonomía no es independencia, sino atributo de la libertad y de la responsabilidad. La autonomía moral nadie nos la debería quitar. El voto de obediencia es dignificación de la libertad, puedo no obedecer.

Respecto a la autonomía física, el voto de obediencia no tiene nada que ver directamente con dicha autonomía, pero sí indirectamente. El religioso sumiso tiene unas probabilidades de vivir de modo placentero la dependencia física de los demás, incluso magnificando sus propios males. En el otro extremo están los que no quieren depender de los demás engendrando el consiguiente malestar. También están los que no quieren ser una carga excesiva.

Con relación a la autonomía moral, no habría que invadir su autonomía mientras puedan hacer lo que hacen.

c) Crisis de pertenencia. Tiene una base común, que es que todos somos seres relacionales. Todas las cualidades humanas están hechas para relacionarse. Si la vejez se vive como retirada de la participación social, se experimenta una «muerte social» con fuertes sentimientos de inutilidad que inundan el corazón del religioso mayor. Pero el religioso está llamado a vivir y a convivir (comunidad-comunidad). ¿Por qué se entra en crisis? A lo largo de los años de vida religiosa, hemos dado primacía al trabajo, quizás porque nuestras comunidades han sido más de trabajo que de vida. Ahora, el religioso mayor no digiere los cambios institucionales en los que siente falta de sentido de pertenencia y se siente excluido, des-identificado.

Comenta José Carlos Bermejo que, para paliar estas crisis, esta soledad, hacer la vida más comunitaria y más serena, hemos acudido a montar verdaderas jaulas de oro, «residencias creadas específicamente para religiosos mayores, donde se está realmente acompañado y cuidado. Pero en estas residencias no está ausente la soledad, ya que esta depende del tipo de asistencia, de la relevancia que se dé a la dimensión social, emocional y espiritual de la persona y de los recursos que se arbitren... No es extraño encontrarnos con religiosos en dichas residencias que, cuando descubren que enfermar es una solución para su soledad, usan de esa estrategia para atraer la atención de la comunidad o de los cuidadores profesionales. No pido nada a nadie, pero el dolor me sirve de intermediario»⁶.

Para salir al paso de la soledad del religioso, el recurso que más le puede satisfacer ha de ser manifestar más intensamente su religión con Dios en la soledad de la oración y en el aumento de participación en los ritos y celebraciones religiosas. Esto se ha de mimar e intensificar en las comunidades religiosas residenciales. Por encima de todo, el anciano tiene una tarea que hacer consigo mismo: la de creer que lo que más vale no es lo que hace sino el ser testigo de los valores humanos, religiosos y espirituales para las personas que lo rodean. Cultivar de forma especial el «ser» sobre el «hacer».

El concepto de resiliencia, recientemente introducido en el mundo de la psicología, aplicado a la gerontología, invita a mirar como lo hace la psicología positiva, centrando más la atención en las posibilidades que en las carencias que estimulan para envejecer sana, activa y robustamente. La resiliencia personal consiste en tener la capacidad de afrontar las crisis; y todos conocemos religiosos, con muchos años, heridos en su pasado, experimentando las crisis del presente, pero robustos y fuertes de ánimo, resistentes y maduros.

Es obvio que el cultivo de la vida interior, de la capacidad reflexiva, trascendente, y de los valores religiosos es la mejor plataforma para salir fortalecidos de las crisis de la vejez y vivir la ancianidad de manera feliz.

6 J. C. BERMEJO, *Envejecimiento en la vida religiosa*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2013, 37-40. En las ideas que siguen, me guío por este autor.

f. *¿Cómo superar algunas de estas dificultades para vivir en comunidad una vejez serena?*

Cada uno tendrá sus claves, que serán tantas como personas somos. Pero me limito a señalar alguna que, si no son las más importantes, sí que deberían estar presentes en nuestras comunidades:

- a) Ser sujetos de compasión. Las comunidades religiosas necesitan expertos en consuelo, y el religioso mayor puede ejercer lo que Bermejo llama la «abuelidad», esa condición de haber sobrevivido a tantas dificultades de la vida, y quizás por ello, puede ser experto en cómo aliviar, calmar, endulzar, sosegar, infundir ánimo en los hermanos de comunidad.
- b) Ejercitar la virtud de la esperanza. Esperanza que permite mirar, por encima de las satisfacciones inmediatas, a lo trascendente. La esperanza hace vivir las relaciones en el ahora como anticipación de lo deseado como eterno. La esperanza no consiste en la ilusión de superar todas las dificultades ni de soñar en volver a los años de juventud, sino de buscar dónde apoyarse en medio de las limitaciones.
- c) Mostrar la madurez espiritual. En la vejez la madurez espiritual debe brillar con especial resplandor. Ser mayor es un momento privilegiado para cultivar y ofrecer como fruto maduro toda la dimensión espiritual y religiosa de una vida consagrada y que pasa por mucho más que por las prácticas religiosas.
- d) Posibilidad de vivir su morir. El ser humano, a diferencia de los animales, tiene la posibilidad de vivir su morir, es decir, tiene una muerte «apropiada», en palabras de Bermejo⁷. «Morir puede ser triste, pero es más triste que la persona mayor *muera* para los hermanos de comunidad antes de morir. Y esto es lo que sucede cuando se produce el aislamiento relacional en torno al final de la vida»⁸. Una muerte digna sería aquella que se convierta en verdadera experiencia de amor, que conlleva el arte de vivir, el arte de amar, el arte de envejecer y el arte de morir.

Esta ética del morir y de relación al final de la vida contribuirá a humanizar la última etapa de la vida de las personas mayores que han consagrado a Dios toda su vida.

7 BERMEJO, *Envejecimiento...* 73.

8 BERMEJO, *Envejecimiento...* 74.

2. ¿Es la vida consagrada una forma saludable de vivir y envejecer?

La salvación es lo central en el mensaje cristiano y tiene dos características: viene de arriba, por tanto tiene la hechura de Dios y es gratuidad; y viene de abajo, necesita encarnarse, necesita un recipiente que se adapte al hombre.

Esta salvación recibe en la historia varios nombres y tiene uno privilegiado: salud. La dimensión salud está tan presente como la dimensión salvación. Está presente en todo el misterio de Cristo. Cristo es amor, ofrece la salud y es salud, luego lo que dice y hace es sanar.

¿Cuáles serían las dimensiones de la salud?

- a) «Estar bien»: es algo objetivo, medible y hace referencia a los órganos y funciones del cuerpo.
- b) «Sentirse bien»: es algo subjetivo, psíquico, abarca todo el mundo de las sensaciones.
- c) «Bien ser»: es más antropológico, mira a la persona, a las relaciones con su propio cuerpo, a sus dependencias patológicas, a la ausencia de sentido.

Pues bien, para el religioso Cristo debe ser el que viene para sanar nuestras relaciones, para potenciar nuestra libertad, para dar vida y vida en abundancia, para darnos una buena calidad de vida, para recuperar el camino de ser hombres, para llevar lo humano a su plenitud y la meta hacia la plenitud de lo humano en Dios.

Cuando se habla de calidad de vida, de vida saludable, se resaltan algunas condiciones, como pueden ser: salud, habilidades funcionales, relaciones sociales, atención sanitaria, tener cubiertos los aspectos económicos, etc. Pero permitid que recuerde que entre estos ingredientes de calidad de vida falta uno que para el religioso es esencial: la dimensión espiritual.

El creador de la logoterapia, V. Frankl, sostiene que, cuando el espíritu no se desarrolla, surgen las neurosis existenciales que favorecen la angustia vital, fruto de un espíritu encerrado en sí mismo, no dirigido a nada, a nadie, ni a Dios. Entonces el hombre no encuentra sentido para vivir y vive angustiado.

El hombre, como ser espiritual, tiene su destino en Dios. De ahí que la etapa final de la vida de un religioso sea el momento adecuado para profundizar y testimoniar en el amor de la Sabiduría y poseer el don de Consejo.

Dice B. Fernández que «el hombre que no integra vida, sociedad y espíritu, tendrá la actitud de desesperación. Por el contrario, si se desarrolla la actitud

trascendente, tendrá tendencias y sentimientos que le tienen que dar serenidad y paz frente al final de la vida»⁹.

Cuando los universos interior y exterior transparentan a Dios, la unión con él reconforta y lleva al religioso a aproximarse a los demás, viviendo gozoso en comunidad de hermanos. Cuando esto se vive, salen a flote las señales de fe adulta: actitud realista, aceptación de la vida, comunicación con los demás, paz, tolerancia, amplitud de criterios, elasticidad de las expresiones religiosas, transparencia interior y gran compasión humana.

El anciano que logra la serenidad sabe que es mejor perdonar que tener razón, y tener paciencia que manejar con violencia; sabe que los verdaderos valores de la vida se encuentran en el silencio. El hombre que reza y reflexiona la Palabra de Dios debe ser un hombre que sabe ser prudente, discreto, servicial, amable y generoso... A él no le debe preocupar el qué hacemos o producimos, sino el qué somos y cómo vivimos. Los fundadores de la psicología humanista creían que una persona es más que lo que hace. Es lo que es y comunica: esperanza, confianza, amor, júbilo, realidades que no deben envejecer con la edad.

a. Peligros de la vejez para vivir la comunidad

Recogemos a continuación algunos peligros que señala Bermejo al llegar a cierta edad. Físicamente se tiene escasa capacidad de adaptación y, como el mundo está en constante cambio, el anciano nunca se siente a gusto. De ahí las dificultades para aceptar los traslados, aunque los superiores los realicen por su bien. Renovación y reestructuración son términos propios de un lenguaje perturbador. Lo imprevisto lo asusta, no puede dormir en cualquier cama, necesita una vida regular y se agita a la menor novedad. La avaricia puede ser un peligro; el deseo de guardar lo que se tiene porque no podrá volver a reemplazarlo es lo que se ha hecho siempre.

Si para el joven el cambio es un placer, para el anciano es un tormento. Todo lo que corresponde a la vida física es ahora un problema para ellos y si se piensa mucho en el cuerpo resulta más difícil pensar en el espíritu. La conversación ronda en torno a las dolencias propias y además gusta de saber las enfermedades

9 B. FERNÁNDEZ, «La cuaresma del seguimiento de Cristo»: *Vida Religiosa* 113 (2012) 113.

de los demás. Por eso las generaciones jóvenes suelen rehuir la compañía de los viejos, porque éstos hablan demasiado de su salud.

A menudo nos encontramos con religiosos en nuestras comunidades a los que la edad ha atenuado las asperezas del carácter. Se vuelven más dulces, pacientes, tolerantes, mientras que antes eran bruscos, autoritarios, a veces hasta coléricos. Y al revés: algunos se vuelven nerviosos, impacientes y caprichosos. Un viejo dulce y paciente de espíritu, acogedor, es una obra maestra de humanidad. Aunque siempre hay quejosos de todo, en la vida religiosa abundan aquellos cuya vejez es una dulzura.

3. Experiencias saludables de plenitud dentro de la vida religiosa

a. Envejecimiento y plenitud de sentido

Lo bueno y lo saludable es salir de sí mismo, ya que vivir mirándose enfermizo nos hace cortos de vista y estrechos de corazón. Habrá que potenciar aquello que nos hace saludables física, psíquica, mental y comunitariamente. Es esencial vivir con sentido, como dice V. Frankl; ser capaces de dar razón de mi vida en el aquí y el ahora. Se trata de vivir con sentido, aun en medio de una posible situación de sin-sentido. Se trata de seguir escribiendo la propia historia hasta el final.

Tener sentido implica que, a pesar de los pesares, la vida tiene sentido. Y, ¿cómo se sabe que vivo la vida religiosa con sentido? Cuando sabemos darle valor a lo que vivimos, lo que implica todo un proceso de personalización. Cuando somos conscientes de que podemos fallar, algo que nos cuesta entender y aceptar; si nunca hemos sido los peores tampoco hemos sido los mejores. Por tanto debemos saber agradecer a la vida y no marcharse de ella dando un portazo. Saber despojarse, porque, si no, la vida te obligará. No debemos añorar para no lamentar. Debemos descubrir el valor terapéutico de lo esencial, porque son muchas las cosas que no necesitamos del gran mercado mundial.

Es una edad en la que las barreras y los obstáculos se multiplican. De ahí que una de las tareas sea saber captar los recursos que cada uno posee, estimularnos unos a otros en los aspectos positivos, en lugar de compartir continuamente los «achaques». Vivir, desde la fe, un futuro esperanzador y no lamentar continuamente el pasado. Es importante que acostumbrarse a ver y descubrir lo bueno que hay en los hermanos de comunidad. Todo esto se debe vivir por el camino del sentido.

b. Hacer memoria sana como recurso de plenitud

La memoria es un mandato en la pedagogía divina: «Recuerda Israel...». Señalo dos enfermedades básicas de la memoria: la de los que siempre recuerdan lo negativo del pasado como arma arrojada contra todo y contra todos; y la de quienes viven el pasado anidando en él y miran el presente con desdén.

Pero los hay que viven la memoria de forma positiva y creativa. Son aquellos que, con perspectiva histórica, la reinterpretan, elaboran la historia presente para tomar carrerilla, agradecen su propia historia y se preparan para terminar la vida con un magníficat, marchando de él dando gracias. Vista así la memoria no es un consuelo de tontos, sino un recordar y celebrar para vivir.

c. Celebrar la vida con amorosa mirada sobre la realidad

El presente es gracia y oportunidad. Para el pasado está la memoria; para el presente, la celebración; y, para el futuro, la esperanza.

La contemplación es el mejor antídoto contra los efectos nocivos de las miradas. Hay que ejercitarse en la mirada amorosa. El fallo de muchos religiosos es que miramos con malos ojos a los jóvenes, a los políticos... Todo se mira con pesimismo. La terapia es ejercitarse en una mirada amplia para lo que se necesita actitud contemplativa.

Para llevar en la ancianidad una vida espiritual, esta ha tenido que empezar ya en el tiempo de la vida activa. Descubrir esto demasiado tarde es tener que hacer frente a un amargo desengaño. Todos conocemos ejemplos estimulantes de religiosos que devuelven con agradecimiento y alegría algo de lo que, a lo largo de los años, han recibido. Pero también conocemos religiosos, los menos, que, en la fase de desvalimiento se desmoronan y modifican sustancialmente su personalidad. En situaciones así, sufre el paciente y su enfermedad es también una pesada cruz para quienes lo rodean. Es ahí donde debe florecer el «qué bonito el vivir los hermanos unidos», el «exhalar el buen olor de Cristo».

Otro antídoto para vivir la fase final es el desprendimiento. Quizás el desprendimiento deba ir bastante más allá de lo que nosotros mismos planeamos. Las personas que han vivido su vida entera desde la fe y han fortalecido a otros en la fe, entran a veces, al llegar a la fase final de la vida, en una noche oscura de dudas y de inseguridad. Esto puede constituir una experiencia dolorosa en la que la persona que envejece se ve vacía y se le exige entrega ciega. Una experiencia de este tipo la han vivido santos como Teresa de Lissieux en los últimos meses de su corta vida.

Quizás, la tarea más importante de la vejez sea la entrega. La última palabra de Jesús en el evangelio de Lucas es una palabra de entrega: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (Lc 23,46). Nuestras dudas, pesares, dolores y soledades, nada mejor podemos hacer que presentarlos y confiarlos a Dios.

d. Envejecer, etapa privilegiada para el creyente

La edad no solamente nos hace poner en su justo lugar las cosas temporales, sino que nos acerca más y más a Dios, nuestro último fin. San Pablo escribe: «Por eso no nos desanimamos. Al contrario, mientras nuestro mundo exterior se va destruyendo, nuestro hombre interior se va renovando día a día. La prueba aquí pronto pasa, y nos prepara para la eternidad una riqueza de gloria tan grande que no se puede comparar. Nosotros, pues, no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo invisible, ya que las cosas visibles duran un momento y las invisibles son para siempre» (2Cor 4,16-18).

Y no es que nos resignemos mansamente a lo inevitable. Es, por el contrario, la conciencia jubilosa de que estamos siendo llamados por Dios.

La Biblia habla de la posibilidad de tener una buena y exitosa vejez. No encontramos en la Biblia que la vejez sea una maldición. «Abraham vivió ciento sesenta y cinco años y murió en buena vejez... y fue a reunirse con sus antepasados» (Gén 25,7-9). Abraham es un ejemplo de persona que, al caminar con Dios, cultivó todos los elementos necesarios para envejecer con éxito.

La misma experiencia la encontramos en Gedeón: «Y murió Gedeón, hijo de Joán, en buena vejez» (Jue 8,3). Lo mismo encontramos en el rey David, sobre el que afirma el texto sagrado: «Y murió David en buena vejez, lleno de días, riqueza y gloria. Y su hijo Salomón reinó en su lugar» (Cró 29,28). El camino de Dios es el mejor camino para asegurar el éxito. Notemos lo que dice la Biblia al respecto: «Corona de honra es la vejez que se halla en el camino de justicia» (Prov 16,31). Esas son las promesas de Dios para los que creemos en Él.

¿Cuáles son los factores determinantes para vivir una vejez con éxito? El doctor Serafín Contreras señala algunos factores esenciales¹⁰:

10 S. CONTERAS, «Cómo envejecer con éxito»: <http://www.renuevodeplenitud.com/como-envejecer-con-exito.html>

- a) Mantener una relación viva con el Creador. La vocación del cristiano es la santidad en todo momento de la vida: infancia, juventud, madurez y vejez. Vivir y vibrar con ello ayuda a vivir con serenidad.
- b) Mantener una relación viva consigo mismo. Malo es romper relaciones con Dios y con los hermanos, pero es tremendamente triste romper relaciones con uno mismo, no apreciando ni reconociendo los dones y capacidades recibidas de Dios. ¡Y cuántos terminan sus días enterrando sus dones sin descubrirse a sí mismos!
- c) Mantener una relación viva con los hermanos. Muchos, al no entender la riqueza de las relaciones humanas, terminan cortando los cordones de la vida para terminar en su vejez resentidos, aislados, deprimidos y quebrantados.
- d) Mantenerse en sintonía con la creación. Dios todo lo hizo bello; belleza en las hojas, en la flor, en el mar y en la montaña. Por eso dice el salmista: «En lugares de delicados pastos me hará descansar» (Sal 23). Una caminata, un paseo o simplemente sentarse en el parque nos hace conectarnos con lo creado por Dios. «Una bella ancianidad es, ordinariamente, la recompensa de una bella vida», decía Pitágoras.
- e) Cuidar, guardar e incrementar la capacidad de aprendizaje. La vida es la mejor universidad y Dios nos enseña a lo largo de toda la vida a través de las personas, los eventos y las circunstancias.
- f) Dichos como: «Loro viejo no aprende», o: «No se le pueden enseñar trucos a perro viejo», no son reales, dice Alfonso Cruz¹¹. Investigaciones cerebrales recientes dan la razón a Sócrates, que siguió aprendiendo cosas hasta el día de su muerte. Los últimas investigaciones sobre el envejecimiento cerebral y psicológico han demostrado que el potencial de desarrollo humano no se detiene a ninguna edad.
- g) No encerrarse en el pasado y convertirse en una puerta abierta al presente y al futuro. Alguien dijo que el ayer es historia, el hoy es un regalo y el mañana un misterio. Necesitamos disfrutar el presente en lo que tengo y soy y proyectarme dándome a mí mismo como bendición a las generaciones futuras.
- h) No perder la creatividad en la vida. Rutina, hastío y aburrimiento son semillas venenosas de la genuina creatividad.

11 A. CRUZ, *La vejez positiva*, Barcelona, La Esfera de los Libros, 2006, citado en <http://www.renuevodeplenitud.com/como-envejecer-con-exito.html>.

- i) No dejar de mirarse como un canal de sabiduría divina. «Escucha el consejo y recibe la corrección para que seas sabio en tu vejez» (Prov 19,20). Éxito no es aplauso, sino haber vivido según los principios establecidos por Dios para honrarlo en nuestra vida diaria.

Envejecer con éxito es demostrar que hemos sido buenos administradores de la vida y buenos proyectores de semillas de esperanza.

4. Reestructuración y envejecimiento

Permitidme que afronte unas reflexiones finales sobre este punto por la actualidad y por la preocupación que es patente en muchos de nuestros mayores. Tema candente en estos últimos años, desde el último capítulo general. Hay que revitalizarse y reestructurarse porque disminuye el número de religiosos, se avanza en edad y no hay «repuestos» para el liderazgo.

Revitalizar, reestructurar, reorganizar. Llevamos unos años cacareando estas palabras y me da la impresión de que creemos que con pronunciarlas solucionamos los problemas. «Si los contextos y las personas son nuevos, no pueden servir las respuestas que ayer nos ofrecíamos», nos decía Gonzalo en las charlas de San Millán (agosto de 2012).

Es necesario tener clara la misión y la visión de lo que buscamos de cara al futuro. Estamos intentando realizar multitud de reuniones, profundizando en los orígenes del carisma, buscando la inculturación, la apertura a los seglares, y pareciera que andamos sobre arenas movedizas, pues cuanto más nos movemos dentro de estos problemas, más nos hundimos en ellos. Pareciera que los proyectos de «refundación» nos estarían llevando muy lejos.

Con eufemismos se disfraza una realidad molesta. Hablamos de dar nueva dimensión a las obras, para no decir que nos vemos obligados a cerrar casas. Decimos que hay que seleccionar las vocaciones y abrirnos a la internacionalidad, para compensar el bajón numérico de nuevas vocaciones. Tratamos de reestructurar unidades para no confesar que las provincias ya no funcionan.

No faltan quienes, para paralizar el proyecto, hablan de que cada comunidad viva más el carisma y la vivencia de Dios, siendo testimoniales, más que expresarlo por ritos y en la formación de comunidades culturales.

Cuando nuestra vida consagrada queda sometida al funcionamiento de unas casas; cuando lo que se busca es que las obras no mueran, los que acaban muriendo son los religiosos.

Creo con P. del Core que «el hecho de identificar la comunidad religiosa con sus obras, está suponiendo que, cuando sus obras entran en crisis, pongan en crisis la vida religiosa misma en sus ideales y valores de referencia».

Si nuestros esfuerzos de reestructuración se reducen a la pura funcionalidad de las comunidades, es probable que la reestructuración no llegue a término porque se puede funcionar mientras haya vida. Otra cosa es el cómo funcionar. No se trata, pienso, de nuevas palabras para hacer lo mismo. El último capítulo general, al proponer la revitalización y la reestructuración, nos pidió algo tan novedoso y atrevido como «nacer de nuevo», con la connotación de que somos menos y más viejos. La costumbre y la tradición están siendo la gran rémora para convertir nuestro modo de pensar y cambiar nuestra mentalidad. Bermejo nos recuerda una escena campestre, que muchos seguramente hemos experimentado: «Los burros muchas veces se resisten a moverse, pero en cuanto se les echa la carga encima comienzan a caminar»¹². Y es que la vida nos dice que, cuando tenemos pasión por algo, nos ponemos en camino.

Si queremos revitalizarnos, nuestro desafío no es otro que vivir a partir de lo que somos, y no como meras empresas portadoras de servicios porque, de hecho, con demasiada frecuencia, nos estamos justificando por las obras. Ahí es difícil la reestructuración y nuestros mayores no tienen ningún protagonismo.

Los fundadores tenían muy claro que lo que querían hacer era un proceso de liberación para seguir a Jesús. No es suficiente, por tanto, a la hora de buscar la revitalización y reestructuración preguntarnos sobre cómo hacemos lo que hacemos, sino que es preciso preguntarnos sobre su porqué. El carácter profético del carisma de la vida religiosa debe llevarnos a estar vigilantes sobre lo que debemos ser como religiosos; es decir, signos significativos. No tiene sentido estar en un lugar donde nuestro ser no sea significativo. Quiere esto decir que hay que dejar ciertas obras, algunos ministerios y revisar las motivaciones que nos llevan a realizar servicios concretos.

Estamos llamados, así lo pedía el capítulo general, a volver a lo esencial. Y es necesario que, a la hora de la reestructuración, que nadie se crea dueño del carisma, porque es un don de Dios para toda la Iglesia y para toda la sociedad, a través del fundador. Aquí tendría cabida la colaboración de y con los seglares que participan activamente de nuestra espiritualidad y misión. Creo que no debemos estar lamentándonos sobre la escasez de vocaciones y que debemos construir más espacios de fraternidad. La revitalización y reestructuración no pueden llegar, como dice el proverbio: «Cuando sopla el viento del cambio, unos construyen

12 Cf. BERMEJO, *Envejecimiento...* 97.

muros para defenderse y otros construyen molinos». Se trata de evitar, como bien dice Gonzalo, «prelaturas personales» o «institucionales».

El concilio Vaticano II pedía a los religiosos que sean signo, no sólo por las tareas que desempeñan, sino especialmente por lo que son, por su modo de vivir y entender la vida y de organizarla. Hace una llamada a recuperar y presentar la propia identidad en toda su belleza original (cf. PC 2). Sugiere, pues, que recojamos lo mejor de nuestra historia, lo que fuimos ayer y lo que somos hoy, lo más auténtico, lo que caracteriza, y lo confrontemos con el Evangelio y con el sello carismático de Agustín y de la tradición de la orden para retomar su fuerza renovadora y su potencial creativo. Esto, y no otra cosa, es lo que debemos vivir y transmitir.

El papa Juan Pablo II, dirigiéndose a los agustinos, confió el sugerente reto-misión de ser pedagogos de la interioridad. Decía el Papa: «Dios se hace presente a través de múltiples signos y de muchas maneras, yendo al encuentro de su criatura sedienta de trascendencia y de interioridad. Vosotros, queridos agustinos, sed los pedagogos de la interioridad al servicio de los hombres del tercer milenio que buscan a Cristo. A él no se llega a través de un sendero de superficialidad, sino por el camino de la interioridad. Es san Agustín mismo quien nos recuerda que solo penetrando en el propio centro interior de gravedad es posible el contacto con la Verdad que reina en el espíritu. Para alcanzar felizmente este objetivo, punto de partida y a la vez meta, es necesario un trabajo de inmersión en sí mismos, de liberación de los condicionamientos del mundo exterior y de escucha atenta y humilde de la voz de la conciencia. Se abre aquí un vasto ámbito pastoral muy acorde con vuestro carisma»¹³.

Por ahí empieza la revitalización y, como consecuencia, no debería crear ningún problema la reestructuración provincial y general. La reestructuración de provincias, comunidades y obras no debe ser entendida solamente como un cambio de estructuras o un replanteamiento justificativo, sino como una re-significación carismática de la presencia de los religiosos entre la gente, entre los pobres y entre quienes han perdido la esperanza.

Bermejo nos dice al respecto, citando a Cristo Rey Paredes: «Cuando un instituto envejece, entra en crisis, no se regenera, se plantea qué hacer para salir del caos. Se espera de los superiores que no se resignen a la muerte anunciada y busquen las soluciones más adecuadas. Una de las soluciones a las que más se

13 JUAN PABLO II, «Discurso a los participantes en el capítulo general de la orden de san Agustín»,3: http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/2001/september/documents/hf_jp-ii_spe_20010907_agostiniani_sp.html

recurre es la revisión de organismos, la reducción o fusión. Se espera de estos procesos de reunificación, reestructuración o regeneración, una solución a la crisis. Es probable que estas iniciativas sean, en última instancia, cuidados paliativos que no consigan la regeneración deseada». Y añade: «Que un instituto muera, después de haber recorrido un itinerario carismático fecundo y fiel, no es una desgracia. El Dios de la historia determina tanto el inicio como el final».

Deberíamos aplicarnos esta medicina a la situación de la orden y del florecimiento de sus provincias en situación de bonanza y saber aceptar el repliegue en la situación actual. En la actualidad todo parece indicar que Dios quiere más pobres nuestras presencias, más cercanas nuestras estructuras, más sinceras nuestras propuestas.

Nos decía Gonzalo, en la reunión de San Millán antes citada, que si nos auto-organizamos para sobrevivir, para conservar el patrimonio, nada nuevo sucederá. En el mundo empresarial se dice que, cuando falta apasionamiento, uno se debe plantear el cambio de empresa.

Conclusión

Concluyo esta reflexión sintetizando lo ya dicho. Las personas envejecemos, las estructuras y las instituciones también. En ese contexto llevamos el peligro de perder la frescura e interés de los primeros años de consagración, caer en el desánimo y arrastrar tras de sí a los pocos jóvenes que se acercan con la ilusión de cuando fuimos jóvenes. Sería muy triste que, al recoger los frutos de toda una larga vida entregada a Dios, les ofreciéramos unos frutos desilusionados, podridos. La culminación de la vida religiosa tiene que ser una ofrenda exuberante, del ciento por uno y agradable a Dios.

Sin duda que estamos ante el reto, sea cual sea nuestra edad, para volver al centro, a lo esencial, tanto a nivel personal como comunitario, y esto puede ser la mejor fuente de felicidad. No olvidemos que el triunfo de Jesús no estuvo en lo cuantitativo de su hacer pastoral, sino en el amar hasta el extremo.

Quiera Dios que vivamos los años que sean, en la reestructuración que la orden nos depare, tanto a nivel personal como comunitario, y que seamos parábola del Reino. Y seremos parábola cuando vivamos como comunidad de hermanos con un solo corazón dirigido a Dios. Este testimonio de vida será para el que nos contemple una proclamación silenciosa pero muy clara de la Buena Noticia.

Se me ha pedido una reflexión sobre el arte de saber envejecer en común, relacionándolo con el proceso de revitalización y reestructuración en el que esta-

mos inmersos, y que diera algunas sugerencias que ayuden a los religiosos y a las comunidades para sus planteamientos vitales, comunitarios y apostólicos. A esto he intentado ajustarme sin más alardes ni pretensiones, uniendo mis reflexiones con las aportaciones de peritos en la materia. Si lo he logrado, gracias, y, si no, mil perdones.

Manuel BEAUMONT
Colegio Agustiniانو. Madrid

Resumen

La realidad marca sus ritmos y se acaba imponiendo. La crisis por la que atraviesa la vida religiosa, si bien se pretende que sea una crisis de crecimiento, lleva anejos la disminución y el envejecimiento de sus miembros. De ahí la importancia de saber envejecer en común para aportar calidad de vida donde pareciera que simplemente se sobrevive. El autor profundiza en esta urgencia y desgana pautas para que la vida religiosa agustina recoleta se convierta en una forma saludable de vivir y de envejecer en común. Adjunta unas valiosas reflexiones sobre la repercusión de este factor sobre el vigente proceso de revitalización y reorganización por el que atraviesa la orden.

Abstract

The natural rhythm of life takes inevitably its course. The crisis, which religious life is experiencing, although it may be considered a crisis of growth, comes with the decrease and the aging of its members. Based on this reality, the importance of knowing how to grow old together in order to contribute to the quality of life when it is seemingly lived just for its very sake. The autor elaborates deeply this urgency and spells out guidelines so that the Augustinian Recollect religious life becomes a healthy way of life and of growing old together. He adds some valuable reflections on the consequences of this aspect to the present process of revitalization and reorganization of the Order.